

no de enfrente? Y antes de que inventaran la fotografía, ¿quién hubiera pensado que se puede una retratar sólo con *ponerse*? Pues lo mismo que esto es aquello. Hay misterios, secretos que no se entienden, hasta que viene uno y dice tal por cual, y lo descubre... ¡Pues qué más, Señor!... Allá estaban las Américas desde que Dios hizo el mundo, y nadie lo sabía... hasta que sale ese Colón, y con no más que poner un huevo en pie, lo descubre todo y dice á los países: «Ahí tenéis la América y los americanos, y la caña de azúcar, y el tabaco bendito... ahí tenéis Estados Unidos, y hombres negros, y onzas de diez y siete duros.» ¡Á ver!...

XIII

No había acabado el marroquí su oriental leyenda, cuando Benina vió entrar en el café á una mujer vestida de negro. «Ahí tienes á esa fandangona, tu compañera de casa.

—¿Pedra? Maldita ella. Sacudir ella yo esta mañana. Venir, *siguro*, con la Diega...

—Sí, con una viejecica, muy chica y muy flaca, que debe de ser más borracha que los

mosquitos. Las dos se van al mostrador, y piden dos *tintas*.

—*Señá* Diega enseñar vicio ella.

—¿Y por qué tienes contigo á esa gansirula, que no sirve para nada?»

Contóle el ciego que Pedra era huérfana; su padre fué empleado en el Matadero de cerdos, con perdón, y su madre *cambiaba* en la calle de la Ruda. Murieron los dos, con diferencia de días, por haber comido gato. Buen plato es el micho; pero cuando está rabioso, le salen pintas en la cara al que lo come, y á los tres días, muerte natural por calenturas *perdiciosas*. En fin, que espicharon los padres, y la chica se quedó en la puerta de la calle, sentadita. Era hermosa: por tal la celebraban; su voz sonaba como las músicas bonitas. Primero se puso á cambiar, y luego á vender churros, pues tenía tino de comercianta; pero nada le valió su buena voluntad, porque hubo de cogerla de su cuenta la Diega, que en pocos días la enseñó á embriagarse, y otras cosas peores. Á los tres meses, Pedra no era conocida. La enflaquecieron, dejándola en los puros pellejos, y su aliento apestaba. Hablaba como una carreterona, y tenía un toser perruno y una carraspera que tiraban para atrás. Á veces pedía por el camino de Carabanchel, y de noche se quedaba á dormir en cualquier parador. De vez en cuando se

lavaba un poco la cara, compraba *agua de olor*, y rociándose las flaquezas, pedía prestada una camisa, una falda, un pañuelo, y se ponía *de puerta* en la casa del *Comadreja*, calle de Mediodía Chica. Pero no tenía constancia para nada, y ningún acomodo le duró más de dos días. Sólo duraba en ella el gusto del aguardiente; y cuando se *apimplaba*, que era un día sí y otro también, hacía figuras en medio del arroyo, y la toreaban los chicos. Dormía sus monas en la calle ó donde le cogía, y más bofetadas tenía en su cara que pelos en la cabeza. Cuerpo más asistido de cardenales no se conoció jamás, ni persona que en su corta edad, pues no tenía más que veintidós años, aunque representaba treinta, hubiera visitado tan á menudo las prevenciones de la Inclusa y Latina. Almudena la trataba, con buen fin, desde que se quedó huérfana, y al verla tan arrastrada, dábale de tres cosas un poco: consejos, limosna y algún palo. Encontróla un día curándose sus lamparones con zumo de higuera chumbo, y aliñándose las greñas al sol. Propúsole que se fuera con él, poniendo cada cual la mitad del alquiler de la casa, y comprometiéndose ella á cortar de raíz el vicio de la bebida. Discutieron, parlamentaron; dióse solemnidad al convenio, jurando los dos su fiel observancia ante un emplasto viscoso y sobre un

peine de rotas púas, y aquella noche durmió Pedra en el cuarto de Santa Casilda. Los primeros días todo fué concordia, sobriedad en el beber; pero la cabra no tardó en tirar al monte, y... otra vez la endiablada hembra divirtiéndose á los chicos y dando que hacer á los del Orden.

«No poder mi con ella. *B'racha* siempre. Es un dolor... un dolor. Yo estar ella migo por lástima...»

Al ver que las dos mujeres, después de atizarse un par de *tintas*, miraban burlonas al ciego y á Benina, ésta tuvo miedo y quiso retirarse.

«*Dir* tú no, *Amri*. Quedar migo,—le dijo el ciego cogiéndola de un brazo.

—Temo que armen bronca estas indinas... Acá vienen ya.»

Aproximáronse las tales, y pudo la Benina ver y examinar á su gusto el rostro de Pedra, de una hermosura desapacible y que despedía. Morena, de facciones tan regulares como pronunciadas, magníficos ojos negros, cejas que al juntarse culebreaban, boca sucia y bien rasgueada, que no parecía hecha para sonreír, cuerpo derecho y esbeltísimo en su flaqueza y desaliño, la compañera de Almudena era una figura trágica, y como tal impresionó á Benina, aunque ésta no expresaba su juicio sino

pensando que le daría miedo encontrarse con tal persona, de noche, en lugar solitario.

De la Diega no podía determinarse si era joven ó entre-vieja. Por la estatura parecía una niña; por la cara escuálida y el cuello rugoso, todo pliegues, una anciana decrepita; por los ojos, un animalejo vivaracho. Su flaqueza era tan extremada, que Benina no pudo menos de comentarla mentalmente con una frase andaluza que usar solía su señora: «Esta es de las que sacan espinas con los codos.»

Pedra se sentó, dando los buenos días, y la otra quedóse en pie, sin alzar del suelo más que la cabeza de Almudena, en cuyos hombros dió fuertes palmetazos.

«Tati quieta,—le dijo éste enarbolando el palo.

—Cuidado con él, que es malo y traicionero...—indicó la otra.

—*Jai...* ¿verdad que eres malo y pegar tú mí?

—Yo ero beno; tú mala, *b'rracha*.

—No lo digas, que se escandalizará la señora anciana.

—Anciana no ser ella.

—¿Tú qué sabes, si no la ves?

—Decente ella.

—Sí que lo será, sin agraviar. Pero á ti te gustan las viejas.

—Ea, yo me voy, señora, que lo pasen bien,—dijo Benina, azaradísima, levantándose.

—Quédese, quédese... ¡Si es *groma!*»

La Diega la instó también á quedarse, añadiendo que habían comprado un décimo de la Lotería, y ofreciéndole participación.

«Yo no juego—replicó Benina:—no tengo cuartos.

—Yo sí—dijo el marroquí:—dar vos una *pi-seta*.

—Y la señora, ¿por qué no juega?

—Mañana sale. Seremos ricas, ricachonas en *efetivo*—dijo la Diega.—Yo, si me la saco, San Antonio me oiga, volveré á establecerme en la calle de la Sierpe. Allí te conocí, Almudena. ¿Te acuerdas?

—No *mi cuerda*, no...

—Vos conocísteis en Mediodía Chica, por la casa de atrás.

—Á éste le llamaban Muley Abbas.

—Y á ti *Cuarto e kilo*, por lo chica que eres.

—Poner motes es cosa fea. ¿Verdad, Almudena? Las personas decentes se llaman por el santo bautismo, con sus nombres de cristiano. Y esta señora, ¿qué gracia tiene?

—Yo me llamo Benina.

—¿Es usted de Toledo, por casualidad?

—No, señora: soy... dos leguas de Guadajara.

—Yo de Cebolla, en tierra de Talavera... y dime una cosa: ¿por qué esta gorrinaza de Pedrilla te llama á tí *Jai*? ¿Cuál es tu nombre en tu religión y en tu tierra cochina, con perdón?

—Llevarle *mi Jai* porque ser morito él,—dijo la trágica remedando su habla.

—Nombre mio *Mordejai*—declaró el ciego,—y ser yo nacido en un *pueblo mu bunito* que llamar allá Ullah de Bergel, *terra* de Sus... ¡oh! *terra* divina, *bunita*... *mochas arbolos, aceite mocha, miel, frores, tamaras, mocha güena*...»

El recuerdo del país natal le infundió un candoroso entusiasmo, y allí fué el pintarlo y describirlo con hipóboles graciosas, y un colorido poético que con gran entretenimiento y gozo saborearon las tres mujeres. Incitado por ellas, contó algunos pasajes de su vida, toda llena de estupendos casos, peligrosas empresas y fantásticas aventuras. Refirió primero cómo se había fugado del hogar paterno, de edad de quince años, lanzándose á correr mundo, sin que en todo el tiempo transcurrido desde aquel suceso, tuviese noticia alguna de su patria y familia. Mandóse su padre á casa de un mercader amigo suyo con este recado: «Dile á Ruben Toledano que te dé doscientos duros que necesito hoy.» El tal debía de ser al modo de banquero, y entre ambos señores reinaba sin duda patriarcal confianza; porque el encargo se hizo

efectivo sin ninguna dificultad, cogiendo Mordejai los doscientos pesos en cuatro pesados cartuchos de moneda española. Pero en vez de ir con ellos á la casa paterna, tomó el camino de Fez, ávido de ver mundo, de trabajar por su cuenta, y de ganar mucho dinero para el autor de sus dias, no los doscientos duros, sino dos mil ó cientos de miles. Comprando dos borricos, se puso á portear mercaderías y pasajeros entre Fez y Mequínez, con buenas ganancias. Pero un día de mucho calor, ¡castigo de Dios! pasó junto á un río y le entraron ganas de darse un baño. En el agua flotaban dos caballos muertos, cosa mala. Al salir del baño le dolían los ojos: á los tres días era ciego.

Como aún tenía dinero, pudo algún tiempo vivir sin implorar la caridad pública, con la tristeza inherente al no ver, y la no menos honda producida por el brusco paso de la vida activa á la sedentaria. El muchacho ágil y fuerte se hizo de la noche á la mañana hombre enclenque y achacoso, y sus ambiciones de comerciante y sus entusiasmos de viajero quedaron reducidos á un continuo meditar sobre lo inseguro de los bienes terrenos, y la infalible justicia con que Dios Nuestro Padre y Juez sienta la mano al pecador. No se atrevía el pobre ciego á pedirle que le devolviese la vista, pues esto no se lo había de conceder. Era cas-

tigo, y el Señor no *se vuelve atrás* cuando pega de firme. Pedíale que le diera dinero abundante para poder vivir con desahogo, y una *muqier* que le amara; mas nada de esto le fué concedido al pobre Mordejai, que cada día tenía menos dineros, pues éstos iban saliendo, sin que entraran otros por ninguna parte, y de *muquieres* nada. Las que se acercaban á él fingiéndole cariño, no iban á su covacha más que á robarle. Un día estaba el hombre muy molesto por no poder cazar una pulga que atrocemente le picaba, burlándose de él con audacia insolente, cuando... no es broma... se le aparecieron dos ángeles.

XIV

«¿Pero tú ves algo, Almudena?—le preguntó
Cuarto e kilo.

—*Ver mí burtos ellos.*»

Explicó que distinguía las masas de obscuridad en medio de la luz: esto por lo tocante á las cosas del mundo de acá. Pero en lo de los mundos misteriosos que se extienden encima y debajo, delante y detrás, fuera y dentro del

nuestro, sus ojos veían claro, cuando veían, *mismo como vosotras ver migo*. Bueno: pues se le aparecieron dos ángeles, y como no era cosa de aparecérsese para no decir nada, dijéronle que venían de parte del Rey de *baixo terra* con una embajada para él. El señor *Samdai* tenía que hablarle, para lo cual era preciso que se fuese mi hombre al Matadero por la noche, que estuviese allí quemando *ilcienso*, y rezando en medio de los despojos de reses y charcos de sangre, hasta las doce en punto, hora invariable de la entrevista. No hay que añadir que los ángeles se marcharon con viento fresco en cuanto dieron conocimiento de su mensaje á Mordejai, y éste cogió sus trebejos de sahumar, la pipa, la ración de *cáñamo* en un papel, y se fué caminito del Matadero: el largo plantón que le esperaba, se le haría menos aburrido fumando.

Allí se estuvo, sentado en cuclillas, aspirando los vahos olorosos del sahumero, y fumando pipa tras pipa, hasta que llegó la hora, y lo primerito que vió fué un par de perros, más grandes que *el cameio*, *brancos*, con ojos de fuego. Él, Mordejai, *mocha medo*, un *medo* que le quitaba el respirar. Vino después un *arregimiento* de jinetes con mucho cantorio, galas *mochas*; luego empezó á caer lluvia espesísima de arena y piedras, tanto, tanto, que se vió

enterrado hasta el pescuezo... y no respiraba. Cada vez más *medo*... Por encima de toda aquella escoria pasó velocísimo otro escuadrón de jinetes, dando al viento los blancos alquiceles, y sin cesar disparando tiros. Siguió un diluvio de culebras y *alcranes*, que caían silbando y enroscándose. El pobre ciego se moría de *medo*, sintiéndose envuelto en la horrorosa nube de inmundos animales... Pero luego vinieron hombres y mujeres á pie, en pausada procesión, todos con blancas vestiduras, llevando en la mano canastillas y bateas de oro, y pisando sobre flores, pues en rosas y azucenas se habían convertido mágicamente las serpientes y alcranes, y en olorosas ramas de menta y laurel todo aquel material llovido de arena cálida y puntiagudos guijarros.

Para no cansar, apareció por fin el Rey, hermoso, con humana y divina hermosura, barba larga y negra, aretes en las orejas, corona de oro que parecía tener por pedrería el sol, la luna y las estrellas. Verde era su traje, que por lo fino debía de ser obra de unas arañas muy pulidas que en los profundos senos de la tierra tejen con hebras de fuego. El séquito de *Samdai* era tan vistoso y brillante que deslumbraba. Como le preguntara la Petra si no venía también Su Majestad la Reina, quedóse un momento parado el narrador, recordando, y al fin dió

cuenta de que *vido* también á la señora del Rey, pero con la cara muy tapada, como la luna entre nubes, y por esta razón Mordejai no pudo distinguirla bien. La Soberana vestía de amarillo, de un color así como nuestros pensamientos cuando estamos entre alegres y tristes. Expresaba esto el ciego con dificultad, supliendo las torpezas de su lenguaje con el juego fisonómico de la convicción, y los mohines y gestos elocuentes.

Total: que á una orden del Rey le fueron poniendo delante todas aquellas bateas y canastos de oro que traían las mujeres de blanco vestidas. ¿Qué era? *Piedras* de diversas clases, *mochas*, *mochas*, que pronto formaron montones que no cabrían en ninguna casa: *rubiles* como garbanzos, perlas del tamaño de huevos de paloma, *tudas*, *tudas* grandes, *diamanta fina* en tal cantidad, que habia para llenar de ellos sacos *mochas*, y con los sacos un carro de mudanzas; esmeraldas como nueces y *trompacios* como *poño mio*...

Oían esto las tres mujeres embobadas, mudas, fijos los ojos en la cara del ciego, entreabiertas las bocas. Al comienzo de la relación, no se hallaban dispuestas á creer, y acabaron creyendo, por estímulo de sus almas, ávidas de cosas gratas y placenteras, como compensación de la miseria bochornosa en que

vivían. Almudena ponía toda su alma en su voz, y con la lengua hablaban todos los pliegues movibles de su cara, y hasta los pelos de su barba negra. Todo era signos, jeroglífico descifrable, oriental escritura que los oyentes entendían sin saber por qué. El fin de la espléndida visión fué que el Rey le dijo al bueno de Mordejai que de las dos cosas que deseaba, riquezas y mujer, no podía darle más que una; que optase entre las pedrerías de gran valor que delante miraba, y con las cuales gozaría de una fortuna superior á la de todos los soberanos de la tierra, y una mujer buena, bella y laboriosa, joya sin duda tan rara que no se podía encontrar sino revolviendo toda la tierra. Mordejai no vaciló un momento en la elección, y dijo á Su Majestad de *baixo terra*, que para nada quería tanta pedrería *por fanegas*, si no le daban *muquier*... «Querer mi ella... gustar mi *muquier*, y sin *muquier* migo, no querer *pieldras* finas, ni *diniero* ni *naida*.»

Señalóle entonces el Rey una hembra que bien envuelta en un manto que la tapaba toda, el rostro inclusive, iba por el camino, y le dijo que aquélla era *la suya*, y que la signiese hasta cogerla ó más bien cazarla, pues á paso muy ligero iba la condenada. Y dicho esto por el Rey, se dignó Su Majestad desaparecerse, y con él se fueron todos los de su comitiva, y los

arregimientos y las señoras de blanco, y *tudo*, *tudo*, no quedando más que un olor penetrante del *ilcienso*, y los ladridos de los dos perrazos que se iban perdiendo en las lontananzas de la noche fría, cual si despavoridos huyeran hacia los montes. Tres meses estuvo enfermo Mordejai después de este singular suceso, y no comía más que agua y harina de cebada sin sal. Quedóse tan flaco que se contaba al tacto todos los huesos, sin que se le escapara uno en la cuenta. Por fin, arrastrándose como pudo, emprendió su camino por toda la grandeza del mundo en busca de la mujer que, según dicho del divino *Samdai*, era suya.

«Y no la encontrastes hasta *tantismos* años de correr, y se llamaba Nicolasa,—dijo la Petra, queriendo ayudar al biógrafo de sí mismo.

—¿Tú qué saber? No ser Nicolasa.

—Entonces será *la señora*,—apuntó la Diega, señalando no sin cierta impertinencia á la pobre Benina, que no chistaba.

—¿Yo?... ¡Jesús me valga! Yo no soy ninguna tarascona que anda por los caminos.»

Contó Almudena que desde Fez había ido á la Argelia; que vivió de limosna en Tlemcén primero, después en Constantina y Orán; que en este punto se embarcó para Marsella, y recorrió toda Francia, Lyon, Dijon, París, que es *mu* grande, con tantos *olivares* y buenos pi-

sos de calle, todo como la palma de la mano. Después de subirse hasta un pueblo que le llaman *Lila*, volvióse á Marsella y á Cette, donde se embarcó para Valencia.

«Y en Valencia encontrastes á la Nicolasa, con quien veniste por *badajés*, que vos daban los *aiuntamientos*, con dos *riales de tapa*—dijo la Petra,—y de Madrid vos fuísteis á los *Portugales*, y tres años te duró el contento, camastrón, hasta que la *golfa* se te fué con otro.

—Tú no saber.

—Que cuente la historia de Nicolasa y cómo á él le cogieron en Madrid para llevarle á San Bernardino, y ella fué al *espital*; y estando él una noche durmiendo, se le aparecieron dos mujeres del otro mundo, verbigracia, *ánimas*, para decirle que la Nicolasa *hablaba* en el *espital* con uno que le iban á dar de alta...

—No ser eso, no ser eso: cállate tú.

—Otro día nos lo contará,—indicó Benina, que, aunque gustaba de oír aquellos entretenidos relatos, no quería detenerse más, recordando sus apremiantes quehaceres.

—Espérese, señora: ¿qué prisa tiene?—le dijo la Diega.—¿Á dónde irá usted que más valga?

—Otro día contar más—indicó el ciego sonriendo.—Mí ver mundo *mocha*.

—Estás cansadito, Jai. Convidanos á un me-

dio para que se te remoje la lengua, que la tienes más seca que suela de zapato.

—Yo no convidar mi ellas, *b'rachonas*. No tener *diniero migo*.

—Por eso no quede,—dijo la Diega, rumbosa.

—Yo no bebo—declaró la Benina,—y además tengo prisa, y con permiso de la compañía me voy.

—Quedar ti rato más. Dar once *reloja*.

—Dejarla—manifestó con benevolencia la Petra,—por si tiene que ir á ganarlo; que nos otras ya lo hemos ganado.»

Interrogadas por Almudena, refirieron que habiendo cogido la Diega unos dineros que le debían dos mozas de la calle de la Chopa, se habían lanzado al comercio, pues una y otra tenían suma disposición y travesura para el compra y vende. La Petra no se sentía mujer honrada y cabal sino cuando se dedicaba al tráfico, aunque fuese en cosas menudas, como palillos, mondarajas de tea, y *torraé*. La otra era un águila para pañuelos y puntillas. Con el dinero aquél, venido á sus manos por milagro, compraron género en una casa de saldos, y en la mañana de aquel día pusieron sus bazares junto á la Fuentecilla de la Arganzuela, teniendo la suerte de colocar muchas carreras de botones, varas muchas de puntilla y dos chalecos de bayona. Otro día *sacarian* loza, *imá-*

genes, y caballos de cartón de los que daban, á partir ganancias, en la fábrica de la calle del Carnero. Largamente hablaron ambas de su negocio, y se alababan recíprocamente, porque si *Cuarto e kilo* era de lo que no hay para la adquisición de género por gruesas, á la otra nadie aventajaba en salero y malicia para la venta al menudeo. Otra señal de que había venido al mundo para ser ó comerciante ó nada, era que los cuartos ganados en la compra-venta se le pegaban al bolsillo, despertando en ella vagos anhelos de ahorro, mientras que los que por otros medios iban á sus flacas manos, se le escapaban por entre los dedos antes de que cerrar pudiera el puño para guardarlos.

Oyó Benina muy atenta estas explicaciones, que tuvieron la virtud de infundirle cierta simpatía hacia la borracha, porque también ella, Benina, se sentía negociante; también acarició su alma alguna vez la ilusión del compra-vende. ¡Ah! si, en vez de dedicarse al servicio, trabajando como una negra, hubiera tomado una puerta de calle, otro gallo le cantara. Pero ya su vejez y la indisoluble sociedad moral con Doña Paca la imposibilitaban para el comercio.

Insistió la buena mujer en abandonar la grata tertulia, y cuando se levantó para despedirse cayósele el lápiz que le había dado D. Carlos,

y al intentar recogerlo del suelo, cayósele también la agenda.

«Pues no lleva usted ahí pocas cosas—dijo la Petra, cogiendo el libro y hojeándolo rápidamente, con mohines de lectora, aunque más bien deletreaba que leía.—¿Esto qué es? Un libro para llevar cuentas. ¡Cómo me gusta! Marzo, dice aquí, y luego Pe...setas, y luego céntimos. Es mu bonito apuntar aquí todo lo que sale y entra. Yo escribo tal cual; pero en los números me atasco, porque los ochos se me enredan en los dedos, y cuando sumo no me acuerdo nunca de lo que se lleva.

—Ese libro—dijo Benina, que al punto vislumbró un negocio,—me lo dió un pariente de mi señora, para que lleváramos por apuntación el gasto; pero no sabemos. Ya no está la Magdalena para estos tafetanes, como dijo el otro... Y ahora pienso, señoras, que á ustedes, que comercian, les conviene este libro. Ea, lo vendo, si me lo pagan bien.

—¿Cuánto?

—Por ser para ustedes, dos reales.

—Es mucho—dijo *Cuarto e kilo*, mirando las hojas del libro, que continuaba en manos de su compañera.—Y ¿para qué lo queremos nosotras, si nos estorba lo negro?

—Toma—indicó Petra, acometida de una risa infantil al repasar, con el dedo mojado en sali-

va, las hojas.—Se marca con rayitas: tantas cantidades, tantas rayas, y así es más claro... Se da un real, ea.

—¿Pero no ven que está nuevo? Su valor, aquí lo dice: «dos pesetas.»

Regatearon. Almudena conciliaba los intereses de una y otra parte, y por fin quedó cerrado el trato en cuarenta céntimos, con lápiz y todo. Salió del café la Benina, gozosa, pensando que no había perdido el tiempo, pues si resultaban fantásticas las *piedras* preciosas que en montones Mordejai pusiera ante su vista, positivas y de buena ley eran las cuatro perras, como cuatro soles, que había ganado vendiendo el inútil regalo del monomaniaco Trujillo.

XV

El largo descanso en el café le permitió recorrer *como una exhalación* la distancia entre el Rastro y la calle de la Cabeza, donde vivía la señorita Obdulia, á quien deseaba visitar y socorrer antes de irse á casa, pues era indudable que á la niña correspondía la mitad, perra más ó menos, de uno de los duros de D. Carlos. Á las

doce menos cuarto entraba en el portal, que por lo siniestro y húmedo parecía la puerta de una cárcel. En lo bajo había un establecimiento de *burras de leche*, con borriquetas pintadas en la muestra, y dentro vivían, sin aire ni luz, las pacíficas nodrizas de tísicos, encanijados y catarrosos. En la portería daban asilo á un conocido de Benina, el ciego Pulido, que era también punto fijo en San Sebastián. Con él y con el burrero charló un rato antes de subir, y ambos le dieron dos noticias muy malas: que iba á subir el pan y que había bajado mucho la Bolsa, señal lo primero de que no llovía, y lo segundo de que estaba al caer una revolución gorda, todo porque los *artistas* pedían *las ocho horas* y los *amos* no querían darlas. Anunció el burrero con profética gravedad que pronto se quitaría todo el dinero metálico y no quedaría más que papel, hasta para las pesetas, y que echarían nuevas contribuciones, *inclusive*, por rascarse y por darse de quién á quién los buenos días. Con estas malas impresiones subió Benina la escalera, tan descansada como lóbre-ga, con los peldaños en panza, las paredes desconchadas, sin que faltaran los letreros de carbón ó lápiz garabateados junto á las puertas de cuarterones, por cuyo quicio inferior asomaba el pedazo de estera, ni los faroles sucios que de día semejaban urnas de santos. En el